



¿Borrón y cuenta nueva?

Octavio Armand

I. Se levanta el telón de Aquiles

Oye mi son,
mi son, mi son.

de los que son,
son y no son.

Nico Saquito

Es un motivo de satisfacción que tanto Julio Ortega como Angel Rama hayan decidido responder a la ponencia sobre la exclusión del exilio cubano que leí en el PEN Center y luego pu-

bliqué en el número 10 de esta revista. Por supuesto no otro era mi deseo al mencionarlos específicamente en la nota que presentaba mi texto.

La sistemática exclusión del exilio cubano por parte de quienes se iban entregando tan oportunamente a la tarea de analizar el exilio latinoamericano constituía una falla intelectual

y moral de primer orden. Era ya evidente el peligro de que nos acostumbráramos, a fuerza de catálogos más sistemáticos en sus exclusiones que en sus inclusiones, a una tergiversación que pese a la pretenciosa enjundia intelectual no distaba mucho de la burla, de la farsa. Quienes se arrogaban el derecho de clasificar y juzgar este vasto y patético exilio usaban — ¿cómo negarlo? — un lenguaje sobrio, sopesado, con pretensiones de objetividad. Ese lenguaje así era doblemente eficiente: servía como instrumento de una muy específica y subjetiva voluntad de borrar a más de un millón de personas, y simultáneamente retenía, en su apariencia, el curioso prestigio de una inexistente objetividad. ¿Con qué objetividad se borra a un millón de seres humanos? ¿Remedaban acaso estos intelectuales el comportamiento de esos tecnócratas del horror que saben golpear, mutilar y matar sin sobresaltarse? Ante semejantes usurpaciones del lenguaje de la inteligencia me parece necesario acaracolarse y saltar desde el lenguaje de la pasión; ante una objetividad tan dudosa y tan dócil a grotescas manipulaciones, hay que aferrarse al discurso de la subjetividad, aunque sea éste un monólogo o un grito desoído: aunque lleve al callejón sin salida de la locura. Patético pero cierto: ante tantos absurdos la locura es un testimonio más inteligible y sin duda más digno que el simulacro de un orden o una muy meticulosa complicidad. Se definía, se clasificaba, se estudiaba, se analizaba, se ponderaba, para mejor y más tajantemente excluir, borrar, negar, mentir, ocultar: un exterminio semántico. Un semicidio. Hacían desaparecer contando desaparecidos; se extasiaban ante los números para contar mal.

No hace mucho alguien le pidió permiso a un alto funcionario del Ministerio de Cultura de la Cuba castrista para publicar en el extranjero una novela de Reinaldo Arenas. El funcionario preguntó que quién era ese señor, que él no lo conocía, etc. Un borrón muy elocuente el del funcionario. Pero al fin y al cabo uno sabe qué se puede esperar de un funcionario del castrismo y a nadie se le ocurriría aceptar su clasificación de lo que es y no es cultura, ni en Cuba ni en ninguna parte. Ese funcionario no es exactamente un Linneo de la cultura cubana. Ni pretende serlo. Y es ésta una distinción importantísima. Porque dentro del exilio latinoamericano sí hay quienes pretenden establecer un impecable sistema clasificatorio de los exilados, aunque mientras más se acercan al espejo de Linneo más se parecen a un funcionario. Cito de la biblia que parece haber sido consul-

tada por estos estudiosos, precisamente del libro que a todos nos concierne:

Entonces dijo Moisés al Funcionario: ¡Ay señor! yo no soy hombre de palabras de ayer ni de anteayer, ni aun desde que tú hablas a tu siervo: porque soy tardo en el habla y torpe de lengua.

Y el Funcionario le respondió: ¿Quién dió la boca al hombre? ¿o quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al que es ciego? ¿no soy yo el Funcionario?

Ahora pues, ve, que yo seré en tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar.

(Exodo 4, 10-12)

Y así aprendieron a hablar los estudiosos. Y no cesaron de hablar. Y cantaban en los congresos y las reuniones, tragándose la voz del exilado cubano Guillermo Portabales: "Oye mi son, mi son, mi son, de los que son, son y no son . . ." Pero ese *son y no son* que nos cantaban, y con el cual nos contaban o dejaban de contar, no era exactamente una *guajira de salón*. Detrás del estribillo, detrás de la voz del guajiro Portabales, asomaba un nuevo Torquemada, el mismo de siempre, determinando quién, y quién no, era qué, y hasta qué punto. La lista de nombres, por falsa, offendía a todos, a los incluidos y a los excluidos. Unos desaparecían llamados y otros en las llamas. De los cubanos exilados — aquí aprovecho la perversa lectura de San Juan de un rumoroso enemigo de Lezama y los originistas, el periodista Dulzaide — "nadie parecía pero todos eran."

En los textos de Julio Ortega y Angel Rama que ahora publicamos hay un reconocimiento explícito de que la exclusión del exilio cubano era — y es, pues el oficio de hacer borrones seguirá siendo ejercido por algunos — un hecho innegable y deplorable. Ortega afirma, compartiendo mi planteamiento básico, que es hora de *empezar* una discusión sobre el fenómeno del exilio cubano.

Al cabo de veintidós años de castrismo, si no *se empieza* esa discusión ahora habrá que conservar un poco de historia cubana en formol, para analizarla luego, cuando los autores de catálogos recortados ya habrán hallado la fórmula de arrepentimiento; cuando, además, podrán decir: acabamos de enterarnos de que en Cuba había tortura, censura, cárcel, injusticia, clase privilegiada, horror, y un exilio enorme. Ocultan la información para luego ellos mismos permitirse una coartada: "no lo sabíamos." Pero sabemos que sí saben y ellos saben que saben: y sabrán que sabían. ¿Ha-

brá que recordar que en Alemania nadie *sabía* de los campos de concentración y de aquellos hornos donde incineraron a millones de seres humanos? Por supuesto, nadie, nadie lo sabía.

Por su parte, Angel Rama certifica con autoridad notarial que hay "un apreciable margen de verdad" en mis palabras. Y en otra parte: "Armand recurre a las definiciones más generales, que por ser tales dicen verdades irrefutables y al mismo tiempo no dicen nada." Nos referiremos más tarde a la caracterización que hace Rama de estas "verdades irrefutables." Por lo pronto subrayo que me siento más tranquilo con un apreciable margen de verdad, con las definiciones más generales y con verdades irrefutables que con borrones, inexactitudes y mentiras.

Cabe señalar también, como reconocimiento implícito pero por lo mismo más profundo de lo que sustentaba en mi ponencia, que tanto Ortega como Rama hacen hincapié, como yo, en el borrón, esta vez — afortunadamente — no para practicarlo sino para deplorarlo. Afirma Julio Ortega al final de su carta: "En estos tiempos en que casi todo discurso está minado por diferentes formas de voluntad de poder, *al punto de que las palabras son las que amenazan ser borradas como lógica del sentido*, esa discusión me parece pertinente; y, confío, esclarecedora." Y Angel Rama escribe al final de su trabajo: "Su grandeza [Martí] se mide también por estas actitudes que son más necesarias hoy en que las instituciones, los partidos, las banderías, los dogmatismos, *parecen querer borrar al ser humano concreto*, respetándolo solo si está dentro del cerco afín y despreciándolo como basura si pertenece a otro cerco." Otro detalle: el título del trabajo de Rama, "Política y naturaleza de los exilios latinoamericanos," parece querer subrayar — como sugería yo en mi ponencia — que la idea del exilio latinoamericano como hermandad, cofradía, es empalagosa y rotundamente falsa, sobre todo, añadido, si se toma en cuenta que quienes la sustentan son los más ensañados — quizá por más enseñados — autores de borrones.

Se ha levantado el telón. Será posible tener ahora una idea más justa — en el doble sentido de la palabra — de lo que es el exilio latinoamericano. El caso cubano es parte de ese exilio, "verdad tan irrefutable" que parecería tonto tener que decirlo, pero que hay que decirlo, precisamente porque quienes ahora quieren desmentir la verdad irrefutable alegando que nada dice, eran los mismos que antes se esmeraban en ocultarla. Vale la pena

recordar un ejemplo que viene muy al caso. Erase que era un rey que andaba desnudo, verdad escandalosamente irrefutable que nadie se atrevía a decir. No los profesores, no los partidos y hasta repartidos hombres de partido, no los intelectuales que usan microscopios para dejar de ver un elefante. Fue un negro quien lo dijo. Quizá los negros, o sea quienes no tienen nada que perder, sean los únicos capaces de decir esas verdades que precisamente por ser irrefutables tantos ocultan.

Se ha levantado el telón; y, sin saber cómo quitarse la ropa, el rey desnudo se desviste. Aplausos. Luces. No quitarle la vista de encima. Aquí comienza la historia.

II. Carta de Julio Ortega

No es lo mismo estar fuera de Cuba, que la conducta que uno se ve obligado a seguir cuando estamos aquí, metidos en el horno. Existen los cubanos que sufren fuera, y los que sufren igualmente, quizás más, estando dentro de la quemazón y la pavorosa inquietud de un destino incierto... ¿Tengo yo algo que ver con nuestros disparates históricos, los cuales he sufrido toda mi vida?

José Lezama Lima

"Supongo que soy uno de los críticos latinoamericanos, me escribe Julio Ortega, que en libros, antologías, simposios y cursos algo ha hecho para que algunos escritores cubanos exiliados sean mejor leídos." Eso es innegable y me consta personalmente. Pero la advertencia que hice en su caso tenía que ver muy específicamente ya no con la obra de escritores cubanos, dentro o fuera de Cuba, sino con la presencia insoslayable — y soslayada — de la escritura cubana en "la escritura del exilio," tema de su trabajo.

Según Julio Ortega no se soslayaba el caso cubano: "Será más justo decir que no se ocupaba de él; se ocupaba de la literatura del exilio latinoamericano que elabora lo que yo llamaba allí 'el discurso de la derrota'." Efectivamente es posible hablar de un *discurso de la derrota* en la escritura del exilio, y es posible referir este discurso a "la experiencia de destrucción de varios proyectos de cambio, que es característica de la cultura política actual de Sudamérica." Es posible, también, ver en ese discurso una nueva conciencia crítica y una nueva sensibilidad política. Lo imposible es soslayar el caso cubano aun dentro del esquema planteado por Julio Ortega.

Al referirse a la destrucción de proyectos de cambio, Julio Ortega alude, y con razón, a esa forma de la guerra

civil que hoy conocemos como "sordo exterminio del pensamiento progresista, de izquierda y liberal, en el Cono Sur de América Latina" y da como ejemplo, y es un buen ejemplo, "la destrucción de la frágil empresa de Allende y la Unidad Popular." El sordo exterminio del pensamiento, progresista o no, me parece fatal. Ahora bien, ¿es que no sabe Julio Ortega que en Cuba también, que quizá sobre todo en Cuba, ha habido un sordo exterminio del pensamiento progresista, de izquierda y liberal? ¿No se da cuenta todavía que la revolución cubana, usurpada por Castro y puesta al servicio del imperialismo soviético, es un fracaso tan imponente como la caída de Allende? El programa revolucionario cubano: Pan y Libertad, Libertad con Pan, degeneró con el castrismo a una fórmula harto diferente: ni Pan ni Libertad, ni Libertad ni Pan. Habida cuenta de sus resultados, ¿importa tanto que el proyecto de Allende haya fracasado por unos motivos y la revolución cubana por otros? El castrismo es el fracaso de la revolución cubana y me parece insostenible sugerir lo contrario, tan insostenible — moral no políticamente, pues no soy ciego a las diferencias — como sugerir que Pinochet es la continuación, o la culminación, del proyecto de Allende.

Si el discurso de la derrota se refiere a un proyecto de cambio que ha fracasado, no se puede soslayar el caso cubano; si se refiere "al exilio y su literatura — aquella que explora una conciencia del destierro," no se puede soslayar el caso cubano. ¿Habrà que hacer una bibliografía? Menciono dos títulos, ambos seguramente conocidos por Julio Ortega. El primero, de Guillermo Cabrera Infante, autor que él ha comentado: *Vista del amanecer en el trópico*. El segundo, de Lorenzo García Vega, *Rostros del reverso*, que yo personalmente envíe al crítico peruano — a quien considero un amigo —, y que es, creo, un perfecto ejemplo del discurso de la derrota como exploración de la conciencia del destierro.

Sé que tanto por su voluntad como por su lucidez Julio Ortega es capaz de aportar mucho a una discusión del exilio latinoamericano, de todo el exilio latinoamericano. Y su planteamiento inicial, "La escritura del exilio," que publicamos en esta revista, será uno de los elementos útiles, indispensables, de esa discusión. Yo solo lamentaba — y lamento — que quedara fuera de su breve pero hermoso trabajo el caso de Cuba. En eso fue inexacto, injusto. El riesgo para los intelectuales latinoamericanos de colocar a Fidel Castro en la compañía de Pinochet, Videla, Stroessner,

Duvalier, etc. — todos tan diferentes, lo sé, y todos tan parecidos, ¿no lo saben? — tendrá que ser asumido. De lo contrario, si no son capaces de afrontar eso que Guillermo Cabrera Infante llamara la Extraordinaria y Eficaz Máquina de Fabricar Calumnias, será mejor que se dediquen a una erudición estrictamente bucólica y que nunca más se escondan detrás de la palabra conciencia o la palabra utopía. Hay momentos en que el abuso de estas palabras hace muy difícil distinguir entre intelectuales y payasos.

III. Política y naturaleza de los exilios de Angel Rama

Truth was the enemy of the people, because the truth was so terrible, so Bokoron made it his business to provide the people with better and better lies.

Kurt Vonnegut

Me parece imprescindible, tanto para comprender la ponencia que leí en el PEN Center como para ahondar en este diálogo que ahora comienza, que se lea, como trasfondo, el trabajo de Angel Rama publicado en *Revista de la Universidad de México*, Volumen XXXII, No. 9 (mayo 1978). Ese trabajo, "La riesgosa navegación del escritor exiliado," de importancia para una discusión general de los exilios latinoamericanos y de singular interés, por la soberana elocuencia con que no dice tantas cosas, para el tema que nos ocupa: la exclusión sistemática del exilio cubano en los planteamientos acerca del global exilio latinoamericano, resulta casi refutado, en aquello que tenía de exclusión, que era lo objetable, en el trabajo del mismo crítico que publicamos en este número de *escandalar*. La base para una discusión de los exilios latinoamericanos, pues, me parece ya mucho más sana, más justa, más exacta. No obstante, quiero hacer algunas aclaraciones pertinentes acerca del nuevo trabajo de Rama, donde hay muchos detalles y observaciones bastante apartadas de lo cierto. Agruparé estas aclaraciones en dos grupos, uno para las objeciones que hace Rama a mis *lecciones para borrar al escritor cubano del exilio*, otro para las objeciones que me parecen necesarias dado el nuevo aporte del crítico uruguayo a este tema.

1. Leer borrando o el arte de irse por las ramas

—Sea realista, señor. Por supuesto, yo podría presentarle a usted a algunos editores, pero tenga en cuenta que tiene usted una situación muy desventajosa para poder publicar aquí, en España: su condición de exiliado cubano.

Lorenzo García Vega

Rama hace dos tipos de objeciones a mi trabajo. Mis palabras, según él, están "excesivamente inflamadas de adjetivos"; por otra parte, incurro en graves generalizaciones, verdades irrefutables y exclusiones como las que le he achacado a él. Me referiré brevemente al primer tipo de objeción para luego pasar a una revisión más detallada de las otras.

Yo hablé y hablo en primera persona, como escritor no como profesor o político, y desde una eticidad no una política (hay una diferencia, como el propio Rama señala al final de su trabajo); todo lo cual quizá justifique un tanto la objeción que hace el crítico uruguayo a mi estilo, pero. Esta objeción presupone que para entrar en estos temas que tanto tocan nuestra subjetividad última conviene hacer "apacibles reflexiones" y en un lenguaje casi académico. No estoy de acuerdo. Que cada cual se exprese a su manera. Yo seguiré partiendo de mi experiencia concreta y a través de mi personal y concreta manera de asomarme al lenguaje. Ojalá pese a todo logre expresarme claramente: no necesariamente en un lenguaje claro, porque es posible ocultar mucho y bien con una aparente claridad, ni con esquemas o cifras que dejo a historiadores y sociólogos, porque como tan bien sabemos es muy fácil desvirtuar la realidad con cifras y esquemas.

A. . . . Armand recurre a las definiciones más generales, que por ser tales dicen verdades irrefutables y al mismo tiempo no dicen nada. Como en las épocas del silogismo escolástico, de poco sirve afirmar que "todos los hombres son mortales" y una vez establecido el principio aplicarlo a Sócrates y a sus jueces . . .

Me parece oportuno volver al tema y al propósito de mi ponencia para luego comentar esta objeción. No me proponía hacer como Rama en el trabajo que le criticaba, ni una definición del exilio, ni un catálogo de los diversos exilios. Me proponía concreta y específicamente señalar que en las definiciones y catálogos que se nos estaban imponiendo había una sistemática exclusión del exilio cubano, que los invalidaba; y señalaba asimismo algunas de las concretas y específicas fórmulas empleadas para efectuar dicha exclusión. Al achacarme a mí aquello que yo impugnaba, al reducir a generalizaciones mi ponencia, desatendiendo cuando conviene su concreto y específico propósito y los concretos y específicos ejemplos y asuntos que en ella planteaba, Angel Rama parece querer eximirse de la necesidad de responder precisamente a lo específico, que era lo que nos tocaba discutir. De nuevo,

dejo a otros quizá más capacitados para ello, la tarea de definir con la debida exactitud qué es un exilado. Exactitud, no exclusión. Bajo cualquier definición, a menos que se trate de una especialmente diseñada para ser inexacta y garantizar así su exclusión, habrá que incluir al exilio cubano. A todos nos tocaba, y nos toca, señalar cuando esa definición no es tal, sino un ardid para tergiversar silogísticamente la realidad. Justifico esta preocupación mía no solo por el antecedente tan inaceptable que el propio Rama nos ha legado en "La riesgosa navegación del escritor exiliado," sino porque los funcionarios castristas que asisten a los congresos sobre el exilio están advirtiéndolo a sus subalternos, a sus rémoras, que hay que cerciorarse bien de cómo definir el exilio: "¿de lo contrario — imagínense — los gusanos también tendrían que ser considerados exilados!" Entre esos gusanos hay comandantes del Ejército rebelde, líderes del Directorio Revolucionario Estudiantil, un presidente y varios ministros de la Revolución, revolucionarios tan esenciales en el proceso cubano como Carlos Franqui, cuyo expediente no podrá ser fácilmente cuestionado — mucho menos superado, por supuesto — por nuestros estimados profesores. El exilio cubano es tan complejo como cualquier otro. Bajo cualquier criterio que se establezca, a menos que sea uno dictado por funcionarios castristas, habría que discutir el caso cubano, donde están representadas muy diversas ideologías, clases, razas, profesiones, ¿o es que esto no lo saben quienes investigan tanto y acumulan tantos datos para sus catálogos?

Pero si las verdades que yo decía eran irrefutables, si mis definiciones eran tan generales, ¿por qué no asomaban siquiera en el anterior trabajo de Angel Rama? Si es tan evidente lo que yo decía que nada decía, ¿por qué Rama no decía nada que dijera algo acerca de ello? Si todos los exilados somos exilados — verdad irrefutable, es cierto — ¿por qué se esmeraba tanto Angel Rama en ocultarlo? No me parece muy convincente la manera en que pretende desautorizar mis observaciones. En primer lugar, es absolutamente inexacta la caracterización que hace — de ser exacta, las preguntas que acabo de hacer merecen respuesta. Además, recuerdo una refutación bastante similar a la de Rama. Nada menos que del señor Goebbels. Le preguntaban, o se preguntaba, que por qué había que acosar al judío, si al fin y al cabo él también era un ser humano, un hombre. La respuesta de Goebbels: claro, la pulga también es un animal, ¿pero qué clase de animal? No quiero la

compañía de Goebbels en mis argumentaciones; prefiero pecar por ingenuo, prefiero quedarme con verdades irrefutables.

"Ante todo, escribe Rama, reconocemos la vastedad y complejidad del problema, que si bien tiene larga tradición en Nuestra América ha adquirido incandescencia en las últimas décadas." Ante un problema de tal vastedad y complejidad es mejor acercarse con generalizaciones que con arbitrarias reducciones. Que de antemano — es el mínimo que se debe exigir a sí mismo quien se acerque al tema — no se convierta el enfoque del exilio en añadido exilio.

B. Este primer ajuste de una definición permite asumir una experiencia concreta, bien conocida: la de los conflictos que dividen a los intelectuales exiliados, quienes lejos de constituir un conjunto homogéneo, como los visualiza Armand, están enzarzados en las más ácidas polémicas y se reparten entre las más variadas oposiciones.

La necesidad de establecer oposiciones — la polémica — ha llevado a Angel Rama a una lectura bastante imprecisa de mi ponencia. A medida que la polémica vaya convirtiéndose en discusión y diálogo, ojalá podamos ver con mayor claridad las diferencias que si nos separan y asimismo sepamos dejar de discutir aquello en que estamos de acuerdo. Las peores discusiones se dan entre quienes, estando de acuerdo, o no se dan cuenta de ello, o por motivos que no interesa plantear ahora, no quieren estar de acuerdo. Es ahí donde asoma el peligro señalado por Julio Ortega: "las palabras son las que amenazan ser borradas como lógica del sentido . . ." En todo caso, lo cierto es que fui yo quien señaló la exclusión de un grupo de exilados. ¿Cómo suponer que yo mismo fuera a plantear simultáneamente una homogeneidad entre los exilados? Fui yo quien sugirió la necesidad del plural al discutir el exilio latinoamericano, precisamente porque según se ha venido empleando el singular — que sí podría sugerir una homogeneidad — se creaba la ilusión de una fantasmal y falsa unidad. Ni los argentinos, ni los chilenos, ni los cubanos, ningún grupo es homogéneo. Los cubanos, el grupo que quizá yo personalmente conozca mejor, no lo es, y eso también lo insinuaba en mi ponencia, a pesar de lo cual se me atribuye, en el caso de los cubanos también, una homogeneidad que me empeñaba en negar. Nos referiremos a este caso más adelante. Una última observación: ¿no hay una elemental contradicción en las palabras de Rama que estamos comen-

tando? Los intelectuales exilados, dice, lejos de constituir un grupo homogéneo, están enzarzados en ácidas polémicas. ¿Y en qué estoy enzarzado yo ahora mismo sino en una ácida polémica?

C. Cuando Armand asume el papel de portavoz de un exilio cubano homogéneo, con capacidad para reprochar a los sureños su desatención, creo que extrapola ilegítimamente su particular y restricta posición o la de los que pertenecen a su consanguinidad política, presentando a todos los cubanos como un bloque afín de pensamiento, cosa que está lejos de ser cierta . . .

Ni asumo el papel de portavoz de un exilio cubano homogéneo ni reprocho a los sureños su desatención. Hablé, y hablo, lo repito, en primera persona, desde mi experiencia concreta no desde una ideología abstracta. Si por lo tanto no creo posible que haya otra persona en este mundo que esté enteramente de acuerdo conmigo, ¿cómo tener pretensiones de portavoz? Otra cosa — y la comentaremos más adelante —, yo no le reprocho a los sureños su desatención: le reprocho a algunos individuos la falta de seriedad o de buen juicio con que han afrontado la tarea de plantear una discusión del exilio latinoamericano.

Volvamos a mis *lecciones*. “¿Cómo es posible entonces, preguntaba, que se hable de *compañerismo* o de fraternidad entre los exilados latinoamericanos? ¿Cómo es posible que García Márquez hable de un *compañerismo* que se sostiene prudentemente en la consigna o en la descarada conveniencia? El caso del escritor cubano, la exclusión y la hostilidad de que ha sido objeto sistemáticamente, muestran que esa fraternidad es una farsa. Entre esos exilados latinoamericanos que hablan como muñecos o ventrílocuos cabría más bien aludir a Darwin, a aquello de que la lucha entre especies de un mismo género es más rigurosa.” ¿De esto pudo deducir Angel Rama que yo creo que exista un exilio homogéneo, latinoamericano o cubano? ¿Cómo? En cuanto a los cubanos en el exilio, tengo contacto con pocos de ellos, de muchos me siento distanciado. Pero no me arrogo el derecho, como hacía Rama, de excluir del *exilio* a quienes no compartan mis convicciones.

En el exilio cubano hay de todo: desde agentes de la CIA a agentes castristas, pasando por todos los matices de la convicción o la más descarada conveniencia. Y por supuesto hay órganos que expresan estos diversos puntos de vista. Rama menciona uno. Si va a hacer un catálogo sugiero que no

deje de buscar otros. Hay muchos: Abdala, Baraguá, la revista *Exilio*, que se publicó por varios años. Aunque no comparta enteramente, o en absoluto, las opiniones de estos diversos grupos, no le negaría a ninguno su condición de exilado ¡el exilio no es un galardón, estimados señores!

D. El mismo reproche que me dirige Armand le podrían formular a él los guatemaltecos, acusándolo de silenciar un exilio algo más extenso que los mencionados . . . o los haitianos que tienen en la materia una triste primacía, no solo exiliados de su patria y del exilio latinoamericano, sino además de la cultura latinoamericana que los ignora y aun de las leves norteamericanas, tan generosas en cambio con los cubanos, las que han conseguido al fin doblar a su favor con ayuda de los sectores religiosos y liberales de Estados Unidos y sin visible ayuda cubana . . . Estoy citando lugares cercanos a Cuba. Podría agregar la Dominicana de Trujillo, que forzó a exiliarse a Juan Bosch, o el Puerto Rico de los norteamericanos . . .

Hay tal cantidad de inexactitudes y tergiversaciones en estas líneas que se hace difícil despejar el enredo. Lo intentaremos.

No, no me podrían dirigir a mí un reproche de exclusión los haitianos, los dominicanos, los puertorriqueños, etc. No era yo — era usted, Angel Rama — quien se proponía hacer una definición y un catálogo del exilio latinoamericano. Yo sencillamente le señalaba, e insistí en ello, que había en su definición y en su catálogo un hueco del tamaño de la isla de Cuba. No me parece legítimo leer tan mal y seguir contándose entre los comentaristas de la literatura. ¿La autoridad le proviene acaso de una capacidad para leer mal y para interpretar peor? No escasea tanto la inteligencia entre los lectores como para permitir que encubra su propia falla alzando la voz, es decir, achacándomela a mí, que se la señalé.

Ya que se ha mencionado a los haitianos, puertorriqueños y dominicanos, me permitiré señalar ciertas cosas que parecen muy olvidadas por Angel Rama, pero que yo jamás olvidaré, precisamente porque son parte de mi experiencia concreta y no de esquemas que voy desarrollando y alterando según la marea. Resulta deplorable — y más adelante insistiremos en esto — que ahora, al verse obligado a reconocer la existencia de los cubanos en el vasto mapa del exilio latinoamericano, Angel Rama comience a adelantar una nueva táctica: distanciar a los cubanos de los otros exilados latinoamericanos.

¿Por qué estas pequenezes?

Los tres grupos mencionados han tenido durante muchos años una profunda vinculación con Cuba y lo cubano. Esa vinculación subsiste en el exilio: las compañeras de mi madre, que trabajó muchos años en una factoría neoyorquina, eran dominicanas, puertorriqueñas y cubanas. Y esa vinculación subsistirá a menos que permitamos — nosotros los exilados — que las manipulaciones profesoras o partidistas impongan sus esquemas.

Algunos haitianos llegaron a Cuba a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. La emigración más reciente, que no ha cesado aunque haya buscado otro norte — y no olvidemos este detalle — comenzó hacia 1912, cuando llegaron a Cuba 1400 haitianos. Entre 1914 y 1918 llegaron a Cuba 27000. En 1919, 10000. Venían con contratos de trabajo y se suponía que regresarían a Haití tras la zafra azucarera, lo cual no siempre sucedía. Soy oriental y precisamente de la zona adonde acudían los haitianos en mayor número: había muchos en Guantánamo y conocí personalmente algunos. Iban a Cuba y vivían entre cubanos. Hoy ya no van a Cuba; vienen a Estados Unidos. Aquí sabremos vivir juntos, si nos lo permiten las leyes norteamericanas y los profesores.

Otra verdad irrefutable que por supuesto no dice nada a nadie. Quisiera subrayarle a Angel Rama lo que I. F. Stone nos recordó recientemente a todos los latinoamericanos: es aquí donde venimos, es aquí donde buscamos una definición de nuestro exilio, y aquí hacemos — podemos hacer — una crítica a la política de Estados Unidos en Latinoamérica. Porque gozamos de libertad. Aquí o en Caracas, o en Ciudad de México, o en Barcelona. No en Cuba. En Cuba la gente arriesga hasta la vida para escapar; acá, en las entrañas del monstruo — y de la maravilla — que es esta nación, los haitianos, esos haitianos que las leyes norteamericanas según Rama no han querido proteger, están luchando en las cortes para poder permanecer en el país. ¿No hay cierta elocuencia en esta verdad irrefutable? ¿o tampoco le dice nada a nadie?

Otro detalle: escribe el crítico uruguayo que los cubanos exilados han sido favorecidos por las leyes norteamericanas, que han sido protegidos por los sectores religiosos y liberales, y *sin visible ayuda cubana*. ¿Es ya inconsciente el deseo de distanciar, de crear confusiones? ¿Por qué se aparta tanto de la verdad tantas veces? Quiero creer — y de no tener esa esperanza, ese optimismo, no me tomaría la molestia de corregir tantas

inexactitudes y tergiversaciones — que no se trata llana y sencillamente de una sartenada de mentiras fritas y refritas. Porque los cubanos en el exilio sí han ayudado, y mucho, a los cubanos recién llegados aquí de la isla, y también a los que llegaron a Perú. Esto está bien documentado. Varios alcaldes y responsables de instituciones de caridad han agradecido la ayuda extendida a los cubanos por los cubanos. ¿O es que la sintaxis de Rama me ha engañado? ¿Se refería acaso a que los haitianos, no los cubanos, no han recibido visible ayuda cubana? Tal vez no ha habido ayuda. No lo sé. Quizá por el gran número de cubanos que necesitan ayuda; quizá por esa cosa lamentable que es la patriotería. Pero si eso es lo que ha querido sugerir Angel Rama, ¿por qué señalar solo a los cubanos por su falta de caridad? ¿o es que ahora, cuando conviene, sí hay que incluir a los cubanos y solo a los cubanos? Falta seriedad en todo esto.

Los destinos de Cuba y Puerto Rico, como todos sabemos, han estado estrechamente relacionados, sobre todo a partir de fines del siglo XIX, cuando Martí hacía hincapié en la urgente necesidad de independizar las dos islas. El fracaso de ese proyecto independentista muestra lo profético que era Martí. Esas dos islas cuyos destinos parecían tan enlazados son ahora dependencias coloniales, estados asociados de los imperialismos rivales. Pero no hay por qué distanciar a los dos pueblos, a menos que se quiera tomar partido a favor de uno de esos imperialismos rivales. Yo personalmente, como cubano, recuerdo la participación en nuestra gesta libertaria de José Cruz y los héroes descalzos, de Pachín Marín, de los puertorriqueños que colaboraron en **Patria**, amigos de José Martí y de la causa cubana, que era la suya también. Y en Cuba, en la Cuba precastrista vivieron como cubanos algunos de los puertorriqueños que no quisieron regresar a una patria intervenida. Menciono uno: Sotero Figueroa, buen amigo de Martí. En su taller se imprimía **Patria**. Sotero Figueroa murió en Cuba en 1925. Fue Director de la Gaceta Oficial de la República. Vivió y murió entre cubanos. Un caso más reciente: Pedro Albizu, hijo del líder independentista puertorriqueño. En vista de todo esto, ¿sería demasiado exigir que no se escriba la historia sin hacerle caso a la historia?

¿Tiene que recordarle Angel Rama a un cubano el exilio dominicano? En este caso la intención de separar es aun más insólita. Más que un desacuerdo, me parece de mal gusto. Cuba debe mucho a Santo Domingo: le debemos nada menos que a Máximo

Gómez, prócer de nuestra independencia. ¿Cómo, por qué buscar o inventar distancias? No se me vuelva con eso de que veo homogeneidad, en este caso entre cubanos y dominicanos. No lo veo así. Pero tampoco me parece aceptable que se nos restriguen en la cara nuestras diferencias, que la diversidad de opiniones o de intereses se convierta en rechazo de una larga y fraternal convivencia. En la Cuba precastrista vivieron entre cubanos, y muy queridos por los cubanos, muchos exilados dominicanos. Vuelvo a lo subjetivo, a mi experiencia. Mi familia simpatizó siempre con la causa dominicana. De niño conocí en Guantánamo, cuando visitaban, a algunos de los dominicanos que luchaban por liberar a su patria. Recuerdo algunos nombres, entre ellos el que menciona Angel Rama: Juan Bosch, el coronel Calderón — vecino de mi familia —, Manuel López Valdés — vivía al lado de mi casa —, Isidro Jiménez Grullón, el general Ramírez . . . Son los que recuerdo de nombre. Algunos han muerto, en Cuba o Santo Domingo; otros viven ahora en su patria; con uno aún conservamos, entre nuestras familias, una amistad de cuarenta años. Creo que podemos pasar a otro tema.

E. Es difícil que convenza a los exiliados chilenos (comunistas, socialistas, cristianos y radicales de izquierda, miristas) que Pinochet es lo mismo que Castro.

No dudo que sería difícil convencer a los exilados chilenos que Pinochet es lo mismo que Castro. Los chilenos insistirían en que Pinochet es peor. Pero me parece pueril la lógica de Angel Rama. También sería difícil convencer a los exilados cubanos que Castro es lo mismo que Pinochet. Los cubanos insistirían en que Castro es mucho peor, y que lleva catorce años más en el poder. ¿Qué quiere decir esto? Por una parte, cada tiranuelo se convierte en paradigma del horror para quienes padecen directamente su despotismo. Más importante para esta discusión, creo, que a pesar de todas las diferencias existentes entre P y C — o H y S —, esas diferencias pasan a ser meras sutilezas cuando P y C dejan de ser contrastados por una mirada política y son comparados con otro tipo de mirada, que es la que hoy día necesitamos con urgencia. No soy ciego a las diferencias que existen entre P y C, ¿pero se ha cegado Angel Rama a las semejanzas entre ellos, más importantes para quienes padecen la brutalidad de ambos? Escribe el crítico uruguayo que para establecer este parecido — no lo establezco yo sino la historia, es decir, la cárcel, la tortura, la censura, el

miedo, el exilio, el horror — yo “precavidamente diga hablar desde una posición ética más que política.” ¿Fue precavido Martí, quien, como bien ha visto Julio Ortega, se dio cuenta que la situación, entonces y ahora, “demandaba una posición moral”? No lo creo. No creo que haya nada precavido en lo que he dicho, antes o ahora. Todo lo contrario: siempre resulta más cómodo parapetarse en algún esquema político. Así es posible contar siempre con aliados; así es posible, siempre, desentenderse de una experiencia concreta y de una responsabilidad personal. Aunque resulte difícil creerlo en estos días que corren, hay una diferencia entre el hombre de partido y el hombre de convicción.

Otra cosa: ¿cree Angel Rama que en Cuba hay normas igualitarias para el consumo? ¿No ha oído hablar, o no ha visto él personalmente, si es que ha visitado la isla, las tiendas especiales para extranjeros y miembros del partido comunista? ¿No se da cuenta que en Cuba no se ha eliminado la clase dominante sino que se ha sustituido una clase dominante por otra?

Un consejo a quienes desean ver muy de cerca y analizar detalladamente los problemas que aquejan a los exilados latinoamericanos y a los latinoamericanos que viven en sus propios países como en jaulas cada día más estrechas. Recuerdo de mis primeros cursos de biología. Lo más fácil al usar el microscopio, pensaba yo sin razón, era hacer lo que ocurría automáticamente: cerrar aquel ojo que quedaba fuera del enfoque y no veía nada o veía cosas capaces de distraerme. Fácil pero incorrecto, según el profesor del laboratorio, quien, para mi asombro, insistía en que al mirar con un ojo por el microscopio no cerrara el otro. No cerrar los ojos, pues: ninguno de los dos.

F. Y por último me parece más inaceptable que el discurso interpretativo que hace Armand pase por alto la existencia del imperialismo y sus exacciones porque tal silencio sobre hechos tan documentados por tribunales norteamericanos como la intervención de los servicios de inteligencia norteamericanos en la desestabilización del régimen de Allende . . .

Resulta verdaderamente asombroso lo mal que lee o quiere leer Angel Rama. En vez de responder como era de esperarse a las muy específicas y concretas objeciones que le hacía a su *riesgosísima navegación*, prefirió no hacerlo. Para no hacerlo ha inventado bastante y tergiversado mucho más. La falta de seriedad debe ser un motivo de preocupación para todos. Si no se trata de una voluntad aviesa, la incapacidad para leer y juzgar, de

por sí, parecen suficientes para desautorizar las opiniones de Angel Rama. Un constante inconstante opinar respaldado nada menos que por una renuencia a pensar, eso pasa por pensamiento.

Lamento que a Rama le parezca "inaceptable" que pase por alto la existencia del imperialismo en mi discurso interpretativo, pero. (1) Mi ponencia no era un discurso interpretativo, como el suyo pretendía serlo: era, como ya lo he subrayado y como se nota fácilmente en aquellas páginas, una advertencia, una sencilla advertencia ante los discursos interpretativos que sí se estaban ensayando. (2) No pasé por alto la existencia del imperialismo — fenómeno que también merece el plural, ¿no lo cree así Angel Rama? Al contrario, a pesar de la brevedad de mi trabajo señalé lo siguiente: "Los latinoamericanos nos quejamos del ciclo de tiranías y de injusticia que padecemos, pero por conveniencia ideológica, conveniencia que enmascara otros intereses, provocamos resentimiento, injusticia, hacemos borrones, y la historia se nos convierte en un sangriento palimpsesto, en un mentís. Nos quejamos del imperialismo norteamericano o del imperialismo ruso, como si no tuviéramos imaginación o capacidad moral para reconocer los peligros que ambos han representado y representan para nosotros." Si antes Rama se esmeraba en borrar al exilio cubano, ahora parece querer borrar las palabras de un exilado cubano. Lástima. (3) Las palabras mías que acabo de citar no constituyen un silencio ni un callar ante los hechos tan documentados que Rama menciona. Que esos hechos hayan sido documentados por tribunales norteamericanos es algo que tampoco debíamos olvidar o callar. Los cubanos no podemos ir a la Unión Soviética a exigir o participar en juicios o investigaciones acerca del imperialismo soviético en Cuba; acá todos los exilados latinoamericanos tienen libertad y derecho de expresar sus opiniones y así denunciar las maniobras intervencionistas de Estados Unidos en América Latina. Que esa denuncia, en tantos casos posterior a los hechos, no parezca absolutamente insuficiente, no nos debe cegar a las posibilidades que sí tenemos, y que ojalá sepamos aprovechar, de llegar a la opinión pública de este pueblo y de sus gobernantes hasta lograr una relación más justa entre nuestros pueblos. Desde Washington, donde estuvo viviendo recientemente, o desde Princeton, donde vivirá próximamente, Angel Rama puede con absoluta libertad hacer todas las críticas y comentarios que estime pertinentes. Ojalá no olvide al

hacerlos a los intelectuales, obreros, campesinos, estudiantes cubanos, que en la isla o en el exilio necesitan de conciencias alertas como la suya a la injusticia y al sufrimiento y de tribunas libres como la suya que puedan y sepan defender derechos pisoteados, borrados.

2. La precisión como arte y alarde de inexactitudes

... pues soy cubano y cubano,
y un hermano a otro no niega.

Joseito Fernández

Imaginen la siguiente escena. Son aproximadamente las seis de la tarde. Un señor se acerca a otro y le pregunta la hora. No queriendo decir una vaguedad, decir, por ejemplo, son aproximadamente las seis de la tarde, el interpelado mira detenidamente un reloj roto que no tiene y con aire de ponerse toga y birrete contesta:

—Son las tres y diecinueve minutos con diecisiete, no dieciocho, no diecinueve segundos de la madrugada.

Una gran precisión y una no menor inexactitud. Algo así ha estado ocurriendo en el mundillo intelectual últimamente. La creciente capacidad de análisis, los cada día más numerosos esquemas, no nos han acercado necesariamente a un mayor ni a un mejor conocimiento de nuestra realidad.

Si bien yo me proponía, y me propongo, hablar claro de borrones, hay quienes no pueden acercarse a la historia sin hacer borrones o hacerla borrosa. Manejan dos pésimas alternativas. Si no logran borrar, automáticamente pasan a la segunda alternativa: confundir bien las cosas. En ciertos países — como Cuba, por ejemplo — la verdad es un gravísimo secreto de estado; es tan amenazante como una insurrección, o una huelga. Que la verdad también se convierta en un secreto, o en un juego, en el mundillo intelectual, no debe sorprendernos. Lamentablemente eso ya no debe sorprendernos. Con mis lecciones para borrar al escritor cubano del exilio intentaba establecer un diálogo con algunos expertos, que últimamente quieren dejar a un lado — y me parece oportuno — su larga experiencia en la materia. Quería que se discutiera el porqué y el cómo de esa exclusión. No ha sido posible hacerlo a fondo. Se me reconoció "un apreciable margen de verdad" para luego soslayar lo que yo muy específicamente planteaba, alegando que incurría en generalizaciones y falsas interpretaciones. Cortina de humo y palimpsesto: con tergiversaciones se leía mal o no se leía lo que yo había escrito, y entonces, a partir de eso borroso, se pretendía borrar borrones.

Haciendo borrosas mis palabras quedarían, esta vez, borrar las suyas. Menos mal que la página impresa no es un pizarrón.

Ya he señalado muchas de las inexactitudes halladas en el reciente trabajo de Angel Rama. Quisiera detenerme ahora en el nuevo peligro que entraña su posición. Si anteriormente se pretendía excluir, sencillamente borrar, a los exilados cubanos, la nueva táctica en lo que quizá sea una misma estrategia es distanciar a los cubanos exilados, ahora obligatoriamente incluidos en el panorama general del exilio, de los otros exilados latinoamericanos, y asimismo crear separaciones dentro del exilio cubano en sí, exacerbando diferencias de opinión e intereses que existen en todos los exilios, sea el chileno, el guatemalteco, el haitiano, o cualquier otro.

Es posible distinguir por lo menos tres aspectos en esta táctica. (1) Distanciar a los cubanos exilados de los exilados sureños; (2) distanciar a los cubanos exilados de aquellos grupos geográficamente más inmediatos a Cuba y por lo tanto de mayor convergencia histórica con los cubanos: haitianos, puertorriqueños y dominicanos; (3) separar a los cubanos exilados creando zanjales según lo que el crítico estima las diversas oleadas del exilio cubano, que para él son tres.

Ya he comentado los primeros dos aspectos de esta táctica. Quiero subrayar, no obstante, y no sé cómo a Rama se le escapó el detalle, que en ningún momento reprochaba yo a los sureños su desatención. Como si fuera necesario, cito de mi ponencia, tan mal — ¿o bien? — leída por el crítico uruguayo. "Pero hay entre estos mismos escritores algunos que no solo justifican o dejan sin comentarios la permanente e inapelable exclusión de los cubanos exilados en los congresos habaneros, sino que sugieren, buscan, y a veces logran la exclusión de los exilados cubanos de los congresos sobre el exilio celebrados en países democráticos." Y luego: "Nada de lo que he dicho es un secreto. No falta información ni falta inteligencia. No son necesarias estas lecciones ya tan diestra y siniestramente aprendidas por algunos compañeros del exilio." No, no reprocho a los sureños su desatención; se la reprocho a unos cuantos individuos, como bien lo saben ellos mismos y todo el que se haya interesado en este tema. Detalle: no leí mi trabajo por primera vez en el PEN Center. Lo leí por primera vez en casa de un buen amigo: un sureño, un chileno del exilio.

Ahora que Rama ha tenido que mirar hacia el exilio cubano, ¿cómo lo ve?

Lo subdivide en tres grupos. (1) Una primera emigración, de 1959-1960; (2) la segunda emigración, de 1965-1970; (3) y una tercera emigración "que acaba de producirse diez años después," o sea, 1980. Lo primero que cabe señalar: ¿qué ha pasado con los años 1961-1963 y 1971-1979? ¿Otro borrón? ¿O es que cree Angel Rama que no ha habido una fuga permanente y constante de la isla de Cuba, que fluctúa cuantitativamente según el grado de intolerancia, restricciones y castigo impuestos por el gobierno cubano? A nado, en pequeñas embarcaciones, en el tren de aterrizaje de algunos aviones, han llegado al exilio miles, muchos miles de cubanos, durante esos años que de buenas a primeras, por truco de Mandrake el Mago, no figuran en la historia. Es esto lo que llamo la precisión como inexactitud: esquemas, subdivisiones, fechas, números, todo para hacer la historia lo más inexacta posible.

Ahora bien, ¿cómo caracteriza Rama los diversos exilios? El primero, dice al comienzo de su trabajo, "se produjo a la caída de Batista." La segunda emigración "ya puede designarse anticomunista y anticastrista" y "es nítidamente diferente a la primera." La segunda, añade en otra parte, "corresponde a la asunción socialista y . . . se opone a 'La ORI es la candela'." Esta fase de la emigración cubana fue iniciada por Guillermo Cabrera Infante y tardíamente la cierra Heberto Padilla, según Rama. (3) La tercera emigración — de Desnoes a Arenas — acaba de producirse "contra el burocratismo y la escasez." Detengámonos un momento ante el esquema. Notamos, en primer lugar, que subdivide los períodos del exilio según ciertas figuras de la literatura cubana: Lydia Cabrera y otros, para el primer exilio, Cabrera Infante y Padilla para el segundo, Desnoes y Arenas para el tercero. Este tipo de acercamiento entraña un grave peligro, aun cuando Rama quiera limitarse al exilio de escritores e intelectuales. ¿Por qué no se fija más bien, como hiciera en su *riesgosa navegación*, en el "contingente intelectual: profesionales, profesores, intelectuales, técnicos medios . . ."? Creo que mejoraría el esquema.

Según Rama la tercera emigración es una respuesta al burocratismo y la escasez. Quizá algunos exilados han escapado precisamente por eso, pero al caracterizar así — al generalizar así — a toda esa oleada Rama de alguna manera parece querer sugerir que se trata de algo menos que una protesta abierta y tajantemente política. Sería más bien, según él, reflejo de un descontento económico o de un hastío. Se equivoca. Quizá le resulten

útiles las páginas de Reinaldo Arenas que publicamos en este mismo número, que por cierto subrayan algunos temas que planteé en mi participación de febrero de 1980, como el *exilio doble*, por ejemplo. En todo caso, lo peligroso en esto es que si por "poco precavidos" aceptamos la caracterización del crítico, los cubanos no se van por razones políticas, o por un rechazo del castrismo en sí, sino de muy precisos y fechados aspectos del mismo. De ser cierto, sobre todo aquello de que huyen de la escasez y el burocratismo, se justificaría la exclusión que había hecho anteriormente, pues, como ha dicho, el exilio es básicamente un fenómeno político. No me parece acertado su enfoque. ¿Y qué decir, en quien tanto me reprocha una supuesta proclividad a creer falsamente homogéneos a los conjuntos de exilados, de la homogeneidad con que califica a este y los otros grupos de exilados cubanos?

En cuanto a la primera emigración, a la cual pertenezco, pues salí de Cuba el 24 de diciembre de 1960, hay que agradecerle a Rama la increíble certeza con que nos clasifica. Hasta leer su trabajo no sabía siquiera lo que yo mismo era, mucho menos lo que eran, o son, mis compatriotas. Me explico: "Me explico: al tiempo que los cubanos se han ido alejando de las posiciones del primer exilio representado por los bastistianos . . ." ¿Qué? ¿Cómo? ¡Vaya conocimiento de la historia cubana! Aquella primera emigración de 1959-1960 era batistiana . . . O sea, y es un ejemplo, Manuel Urrutia, Presidente de Cuba bajo la Revolución, era batistiano. ¿Define Rama todo este período basándose en la fuga de Batista y sus compinches, el 31 de diciembre de 1958 y en los días siguientes, cuando se escondían o fugaban los esbirros, chivatos y aliados del dictador? ¿Olvida Rama que ya en 1959-1960 se había suicidado el Comandante Pena, había sido encarcelado el Comandante Hubert Matos, había desaparecido Camilo Cienfuegos, etc.? Gran parte de las diferencias que él señala entre los diversos grupos de exilados cubanos tienen que ver más bien con la fecha en que se dan cuenta plenamente del desastre que representa el castrismo, es decir, con la fecha en que de una vez se vienen abajo sus ilusiones. Otras diferencias importantes resultan no del tipo o grado de oposición al régimen castrista, sino de las tácticas a emplear en la resistencia y en los proyectos para liberar a la isla.

Dos detalles adicionales. Según Angel Rama estas diversas emigraciones políticas, "por su peculiar definición, poco se comunican." ¿Y quién le ha

dicho esto? ¿cómo lo sabe? ¿frecuenta acaso los diversos círculos cubanos del exilio? ¿o es que sencillamente dice lo que se le ocurre? Si no está dispuesto a investigar seriamente antes de emitir tantas opiniones, debiera desistir. ¿Cómo es posible que acumule datos, y prepare definiciones, diccionarios y catálogos, y se le escapan sistemáticamente tantos documentos, tanta información? Acaba de celebrarse en Nueva York — detalle que debe anotar — un Segundo Congreso de Intelectuales Cubanos Disidentes (Teachers College, Columbia University, 28-31 de agosto 1980). Tema: "Cuba: represión y expansión." Más importante que la reunión en sí, como refutación de esa poca comunicación que según el crítico existe entre los cubanos, la lista de participantes: desde el coronel Barquín, jefe de los "puros" del Ejército constitucional cubano, Felipe Pazos, Rufo López Fresquet, ministros y altos funcionarios de la Cuba revolucionaria, a Eusebio Mujal León, hijo del líder de la CTC bajo el gobierno de Batista. Otro participante: Reinaldo Arenas, o sea, un miembro de la más reciente emigración. ¿Hay que seguir contándole la historia a los historiadores?

Un último detalle y basta. "Agregaré algo más, escribe Rama, el hecho de que este reproche a los exiliados latinoamericanos haya sido presentado ahora por Armand y no lo haya sido antes por algún otro cubano, es un índice de la evolución producida en el pensamiento del exilio de uno y otro lado." No así, no así. El hecho de que ahora al fin usted haya escuchado, mal o bien, el reproche que hace un cubano exilado a aquellos latinoamericanos que menoscaban nuestra realidad, la mía y la suya, la nuestra, muestra más bien que antes usted era absolutamente sordo. Uno de los epígrafes que lleva este trabajo — de **Rostros del reverso**, libro de Lorenzo García Vega que usted debiera leer — muestra hasta qué punto llegaba la sordera de ciertos intelectuales ante el testimonio de los exilados cubanos y cómo se pretendía enmudecernos con la amenaza, meticulosamente cumplida, de la exclusión: cero revistas, cero editoriales, cero cero cero donde sumar nuestro testimonio al de otros latinoamericanos o publicar nuestra literatura en el exilio. Si no fuera pedirle mucho, ¿por qué no vuelve a hojear el número de **Primera Plana** (30 de julio 1968) donde Guillermo Cabrera Infante rompe el silencio y habla de su exilio? ¿No conoce ese número? ¿nunca leyó entrevistas de Cabrera Infante, donde tan insistentemente ha tocado el caso cubano? ¿las ha olvidado? ¿no les hizo caso? Sordera o mala memoria, no importa. Los tiempos cambian. Decía allí Ca-

brera Infante — y resultó profético, ¿no? —: “Sé el riesgo intelectual que corro con estas declaraciones inopuntanas. Sé que acabo de apretar el timbre que hace funcionar la Extraordinaria y Eficaz Máquina de Fabricar Calumnias . . .” Usted que sabe tanto, y que conoce tantos detalles, ¿nunca supo de la existencia de esta Máquina ni de la advertencia y la protesta que desde hace tantos años hiciera y volviera a hacer el exilado cubano Guillermo Cabrera Infante?

3. Recortes empobrecedores. ¿para qué?

En nombre de la compasión, en nombre de la honra, en nombre de Dios, detened la masa, detenedla, no sea que vuelva hacia vosotros y os arrastre con su horrible peso. Detenedla, que va sembrando muchas lágrimas por la tierra, y las lágrimas de los mártires suben en vapores hasta el cielo y se condensan; y si no la detenéis, el cielo se desplomará sobre vosotros.

José Martí

No quisiera que lo que llevo dicho, las aclaraciones y objeciones que hago al trabajo de Angel Rama, impidan reconocer que se ha resuelto, por lo menos en lo que respecta a él personalmente, el más grave problema, aquel que condenaba a los exilados cubanos a la inexistencia, y que ya hay puntos en que se está totalmente de acuerdo. Tiene sobrada razón Angel Rama en muchas de las observaciones que hace acerca de José Martí y la política alerta que elaboró desde su destierro neoyorquino. Es por ello que cité, para concluir este enojoso trabajo, unas palabras del Apóstol. Palabras de **El presidio político en Cuba** que lamentablemente tienen aún plena vigencia. Es cierto: entonces como ahora necesitamos la independencia para evitar el “zarpazo imperial,” zarpazo que hoy nos amenaza a todos en América Latina y muy particularmente en América Central, zarpazo que lo mismo puede venir de Estados Unidos que de la Unión Soviética a través de Cuba, la siempre fiel isla de Cuba, como se decía en tiempos de España. Aquella noble y sabia carta del 18 de mayo de 1895 de Martí a su amigo mexicano Manuel Mercado sigue en plena vigencia, resulta todavía profética, si vemos en la postura martiana un implícito rechazo de cualquier tipo o fuente de zarpazo imperial.

¿Y cómo no estar de acuerdo con Angel Rama cuando nos recuerda que “Conviene no olvidar que dados los vaivenes de la vida pública latinoamericana es harto frecuente que quienes destierran concluyan siendo desterrados y que quienes se lamentan del destierro a que han sido sometidos

conquisten a veces el poder para ser desterradores . . .”? Yo había hecho exactamente la misma advertencia: “Porque no solo somos torturados y torturadores sino que somos tuertos; y por tuertos, torturados y torturadores; y por torturados y torturadores, tuertos.” Hay que hacer algo por romper un ciclo tan patético.

Aun más inaceptable me parece la identificación con los modelos europeos (Hitler y Stalin) que en el fondo no hace sino seguir sumisamente otra perniciosa tendencia ampliamente generalizada dentro de la izquierda latinoamericana, según la cual solo se puede ver nuestra realidad interna mediante patrones europeos, equiparando abusivamente los regímenes militares o dictatoriales o caudillistas al fascismo europeo . . .

Esta es otra observación que me parece válida. Estoy de acuerdo con Angel Rama. Al emplear el término *fascista*, era consciente de lo inapropiado que resulta. ¿Por qué lo hice? Iba a leer mi ponencia ante latinoamericanos, entre los cuales es frecuente el uso del término *fascista* para designar a los regímenes militares y caudillistas de América Latina. Quería hacer un llamado de atención al caso de Cuba. Buscaba una salida algo lezamiana: en ciertos casos la solución del problema es complicarlo. Por fascismo muchos latinoamericanos de izquierda entienden represión, brutalidad, censura. Quería sugerirles sencillamente que si ésa era, o es, la definición utilizada, entonces habría que hablar de un fascismo de derecha y un fascismo de izquierda, lo cual agrava la inexactitud pero la lleva a señalar con mayor precisión esa realidad que con el término *fascista* pretenden enjuiciar. Si es posible aludir al fascismo al hablar de nuestras miserables derechas, es posible aludir también al fascismo al hablar de nuestras miserables izquierdas castristas. Ahora bien, por lo menos en cuanto a la dictadura castrista y a muchas de las dictaduras marxistas, como la soviética, por ejemplo, quizá no resulte del todo inapropiado pensar en cierta adaptación del fascismo. Es evidente que la simbología fascista ha sido incorporada bastante sistemáticamente por estos regímenes: deportismo, consignas, carteles, banderas, personalismo, líder carismático, mítines monumentales, oratoria hipnotizante . . .

Según Rama habría que buscar la tradición de los regímenes militares y caudillescos latinoamericanos en “nuestra más propia tradición decimonónica.” Ojalá sea posible. Ojalá no sea enteramente una ilusión, un

espejismo, ese siglo XIX como fuente de tradición propia, nuestra. Si nuestras constituciones eran un calco, ¿hasta qué punto serán verdaderamente nuestros nuestros despotismos . . . o nuestras utopías? Tanto Julio Ortega como Angel Rama aluden a que este es “un tiempo de necesarias, imprescindibles utopías,” que “es preciso reafirmar la impugnación utopista.” ¿Quién lo duda? Solo que me parece más sano, más útil, encarnarse a la realidad de una vez, tener presente una vez, para así, quizá, llegar a tener historia, futuro. Temo que sea muy rancio todo, temo que discutiremos proyectos utópicos con una mentalidad estrictamente colonial. Y es que, como tanto ha insistido Leopoldo Zea, por ejemplo, América no es sino una proyección de ideales europeos que ni Europa ni ella pueden realizar. ¿Habremos dejado de ser colonias para seguir explotados, negados, borrados ya no por monarcas sino por sueños europeos? Tenemos que aprender a abrir bien los ojos y también tenemos que aprender a cerrar bien los ojos. Tenemos que ser capaces de ver nosotros mismos nuestra realidad y ser capaces también nosotros mismos de soñarla, de soñar-nos.

La parte séptima y final de “Política y naturaleza de los exilios latinoamericanos” es una clara advertencia a quienes se entregan a un partidismo ciego, infame. Suscribo esa advertencia sin vacilación alguna. Aquí sí asoma la lucidez y la amplia mirada que, cuando primero leí trabajos de Angel Rama, yo admiraba en él. Recuerdo su polémica con Emir Rodríguez Monegal en torno al *boom* de la narrativa latinoamericana. Rama rechazaba la noción de un *boom*, de un exclusivismo, por lo que ello implicaba de inaceptable reduccionismo. Una carta abierta suya que leí hace años en una revista venezolana era sumamente elocuente en este sentido. Sostenía en esa carta que “el boom establece expresamente un recorte empobrecedor de nuestras letras, que las deforma y traiciona.” ¿Podrá imaginarse Angel Rama mi sorpresa cuando leí ese trabajo suyo sobre el exilio latinoamericano que “establece expresamente un recorte empobrecedor de nuestras letras, que las deforma y traiciona”? Quiero creer que sí, que es capaz de reconocer sus contradicciones y de hacer lo posible y hasta lo imposible por resolverlas. En todo caso, volviendo al tema del exilio o los exilios latinoamericanos, ya no hay tanta diferencia entre la posición de Angel Rama y la mía como entre las diversas posiciones de Angel Rama y Angel Rama.

Nueva York, 8 de septiembre 1980